

Cómo conocí al joven Carlos

Elena Urrutia

Lo conocí cuando su familia radicaba ya en México, gracias a que el embajador Rafael Fuentes, su padre, desempeñaba la jefatura de la oficina de protocolo en la Secretaría de Relaciones Exteriores, situada en aquella época al inicio de la Avenida Juárez. Eran los primeros años de la década de los cincuenta y compartimos tareas y diversiones —a pesar del “regente de hierro”, el jefe del Departamento del Distrito Federal Ernesto P. Uruchurtu, y su decreto de cerrar los centros de diversión a la una de la mañana— en una ciudad que la posguerra, la diáspora europea hacia América y el exilio español hacían cada vez más intensa y cosmopolita.

En la empresa cinematográfica Teleproducciones recientemente creada en 1952, propiedad de Manuel Barbachano, participamos un equipo en la adaptación de los cuentos de Francisco Rojas González para la película *Raíces* que Benito Alazraqui dirigió, y que se estrenó en 1953. Una cinta independiente, marginal, dentro de la corriente del cine indigenista, que tuvo gran éxito internacional en el Festival de Cannes.* Un grupo, el nuestro, en verdad numeroso, fue el que adaptó los cuentos con Benito, Manolo y Carlos Velo a la cabeza, Fernando Espejo, Jomí García Ascot y yo; Jomí, que alternaba con José Luis González de León los comentarios del Cine-Club del Instituto Francés de América Latina, el IFAL, en el que varias generaciones nos iniciamos en los grandes valores del cine de arte.

* Emilio García Riera, *Historia documental del cine mexicano. Época Sonora*, tomo V-1952/1954, Ediciones Era, México, 1973, p. 145.

Con esa vocación por reunir relatos y armar una cinta, Teleproducciones de Barbachano produjo la película *Amor, amor, amor*, basada en tres historias: una de Carlos Fuentes, otra de Juan García Ponce y una más Juan de la Cabada (1965). Poco tiempo después Carlos, junto con Juan Ibañez, escribiría el argumento y adaptación de la película *Los caifanes* que el propio Ibañez dirigió en 1966 y fue estrenada al año siguiente. En ella se retrataron muchas de las experiencias que el joven Carlos había vivido o soñado al redescubrir y apurar su ciudad, entre otros, junto con un grupo de amigas y amigos que él lideraba: lo mismo en las recepciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores —recuerdo aquella que se ofreció a los cadetes del barco escuela francés *Jean d'Arc*—, que en excursiones a los bajos fondos buscando experiencias inusitadas y desafiantes. Al igual que los “catrines” de la película *Los caifanes*: Jaime, el arquitecto (Enrique Álvarez Félix) y Paloma, su novia (Julissa), los “catrines” amigos de Carlos recorriamos los salones populares de baile como Los Ángeles en la colonia Guerrero, llamado la Catedral del mambo en la que no sólo había “dos orquestas dos” sino, lo que es mejor, una de ellas dirigida nada menos que por Pérez Prado. Al son de “Mambo, qué rico mambo...” y de “Yo soy, yo soy, el ruletero...”, los intrusos acaparábamos la atención del resto de la concurrencia por nuestra destreza en el baile. Después podíamos caer en la “posada” de una casa de vecindad en la calle de Tacuba, o hacer una visita al Mago Alcalá y sus discípulos, en un barrio sórdido y peligroso en las márgenes del Canal del desagüe, tratando



© Carmen Jara

Carlos Fuentes, Silvia Lemus y Natasha mirando *Las Meninas*

de que la risa, contenida con gran dificultad, no fuera a delatar nuestra impostura al pretender procurar de manos del Mago la sanación, en el jacal desvencijado que hacía las veces de templo (como en muchas otras circunstancias, la creatividad multifacética de Carlos recreaba una canción que cantábamos a coro: “Mago, mago, curamé el lumbago... ¡Aguas!, salvesé el que pueda...”). Después de darnos una vuelta por alguna funeraria —tratando de encontrar la oportunidad de cometer cualquier acción que provocara nuestra hilaridad— podíamos terminar en una fila india en la calle de Madero, cantando y bailando “Una dos y tres, qué p a so tan chévere, qué paso tan chévere, el de mi conga es”.

Del basfumismo tengo una idea muy vaga. Sin duda la figura patriarcal y central del grupo era el pintor Adolfo Best Maugard quien, entre otros cuadros, tenía una serie de retratos de hombres y mujeres con ojos enormes y enigmáticos. ¿Procede el nombre de basfumismo del francés *bas fumé*: medias ahumadas que remite a alguna moda femenina existencialista, o bien a la idea de farsa, broma, embaucamiento? Lo cierto es que alguien lo definió como “un pretexto filosófico para la parranda”. Entre otros, además de Carlos Fuentes, estaban Enrique Creel, Jaime Saldivar, Pita Amor, Pablo Palomino, Gristina Maya... Justamente la única noche que asistí a casa de Madame Maya, como le decían, y bailé con Fito Best —que fácilmente me triplicaba la edad— en medio de bromas establecieron que había yo ingresado al grupo basfumista iniciada por el baile con Best.

También visitamos a los dueños de impresionantes bibliotecas y amigos de los jóvenes Fuentes y García Terrés: don Alfonso Reyes y José Luis Martínez, que vivían en la Condesa, cerca del Cine Lido uno y enfrente del Parque España el otro.

Recién llegados de Ginebra y ligados por una amistad que duraría muchos años, Enrique Creel de la Barra, procedente de la Organización Internacional del Trabajo, OIT, en donde hizo un posgrado y Carlos Fuentes, del Instituto de Altos Estudios Internacionales, junto con Jaime García Terrés, que regresaba luego de una estancia de estudios también de posgrado en la Universidad de París y en el Colegio de Francia, formaron un grupo con María Elena del Río, Eugenia Caso, eventualmente Gloria Fiegrist, y yo. Sábado con sábado por la tarde, en el Studebaker de Jaime que, a diferencia de Carlos y de Enrique era el único que manejaba, acudíamos a la hermosa casa de Carito Amor de Fournier y del doctor Raúl Fournier en San Jerónimo; anfitriones cultos, amantes del arte, relacionados con escritores, artistas, académicos, disfrutaban particularmente su relación con jóvenes como nosotros. Ahí se nos sumaba Elodia Terrés, tía de Jaime, maestra encantadora, inteligente y con un gran sentido del humor. Nuestras excursiones sabatinas tenían un doble atractivo: la tertulia en casa de los Fournier salpicada de intervenciones a cual más de chispeantes, seguida de la sabrosa merienda con atole, tamales y bizcochos o, dependiendo de la época del año, con pan de muerto o rosca de Reyes. Y una vez de regreso de San

Jerónimo, la gira por verdaderos antros —no como los de ahora que son discotecas, de muchas clases, sí, pero al fin y al cabo discotecas, en barrios absolutamente populares casi siempre en el Centro de la ciudad: El golpe —un cuadrilátero en el que a ratos había un espectáculo de box y a ratos se bailaba—; la cantina La rata muerta —que si bien recuerdo, ocupaba uno de los locales o accesorias en los bajos del edificio de las Vizcainas, codo con codo con aquéllas ocupadas por prostitutas que se exhibían a la entrada de sus cuartuchos presididos por el altar a la Virgen, con sus obligadas veladoras. No lejos, la cantina Las Veladoras o Los Eloínes, éste, según parece, el primer bar de homosexuales —la palabra *gay* todavía no circulaba; también el Leda o El salón México, más grandes y tal vez no tan lúmpen. Ahí donde había “ficheras”, las mujeres del grupo éramos miradas con recelo, como si las desplazáramos.

Las tertulias en casa de los Fournier muy pronto buscaron volverse productivas y pensamos montar una obra de teatro que Raulito, el doctor Raúl Fournier habría de dirigir. Leímos varias —recuerdo *El espíritu burlón* de Noel Coward—pero luego decidimos montar *Doña Rosita la soltera* de Federico García Lorca. Sin embargo, no acababan de satisfacernos plenamente y, además, no había papeles para todos los y las integrantes del grupo. Así fue que Carlos Fuentes y Jaime García Terrés tomaron la iniciativa de dar cuerpo al anhelo de cualquier grupo de actores en busca de autor y se pusieron a la tarea de escribir sendas obras de teatro en las que los personajes éramos, precisamente, los miembros del grupo y algunos más: una de ellas se convertía en una obra policiaca en torno al asesinato de Juan José Arreola. Para ese momento Arreola ya había publicado *Varia invención* en 1949 y acababa de aparecer *Confabulario* (1952).

En el afán de profesionalizarnos, Carito y Raúl invitaron a parientes y amigos relacionados con el medio al que nosotros, sin proponérselo, parecía que pretendíamos entrar. En alguna ocasión Pita Amor nos dio una cátedra de bien decir, a la manera de ella misma pero también a la de Margarita Xirgu. Las dos promesas de la dramaturgia mexicana, discípulos queridos de Salvador Novo, también llegaron a San Jerónimo: Emilio Carballido, que no hacía mucho había estrenado *Rosalba y los Llaveros* (1950), y Sergio Magaña, autor de *Los signos del zodiaco* (1951) que nos leyó una escena de *Moctezuma II*, montada poco después en 1953; no sé cómo se resolvió en escena pero un personaje descendía de las alturas nada menos que en un autogiro.

Si bien la invitación a Salvador Novo resultó fascinante: llegó a darnos dos o tres clases de actuación, por otro lado marcó el principio del fin de nuestro grupo. Hacía muy poco que había estrenado el espacio donde instaló el teatro La Capilla y una serie de pequeños estudios, uno de los cuales se convertiría en el restaurante El refectorio con una carta con pocos platillos: recetas exquisitas del propio Novo. Resulta que Salvador pretendía que nuestro grupo le rentara uno de los estudios ¿para ensayar una vez a la semana?, y, además, ¿ensayar qué?, si al fin y al cabo ni éramos actores ni pensamos jamás en profesionalizarnos.

Nuestros inquietos amigos hacía un buen rato que habían dejado de ser promesas para convertirse en brillantes realidades: Enrique Creel, que ocupó muy pronto puestos importantes en la administración pública, escribió un cuento. Jaime García Terrés había dirigido en el Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA, la revista *México en el arte* (1948-1953), y en esta institución fue subdirector general (1948-1949), director interino (1949 y 1952) y jefe del departamento editorial (1951-1953). En la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, particularmente, fue director general de Difusión Cultural (1953-1965) y director de la *Revista Universidad de México* (1953-1965), llevándola a un gran nivel de excelencia. Publicó ensayo (1961) y poesía: su libro *El hermano menor* apareció en 1953. Carlos Fuentes, por su parte, fue secretario de prensa del Centro de Información de las Naciones Unidas, y trabajó como subdirector de prensa en la Secretaría de Relaciones Exteriores, en 1954. En ese año publica su primer libro *Los días enmascarados*, una colección de cuentos.

Debe de haber sido entre 1955 y 1956, poco después de mi matrimonio y antes de que dejáramos México por unos años, que en medio de un pequeño grupo de amigos, reunidos en mi casa, sentados incluso en el suelo —recuerdo a Ramón Xirau con un cerco de cenizas alrededor suyo— fue ahí, por la noche, donde Carlos Fuentes nos leyó el capítulo inicial de su primera gran novela *La región más transparente*, publicada dos años después en 1958.



© Carmen Pina